

MASCULINIDADES Y VIOLENCIA DE GÉNERO

¿Por qué algunos hombres maltratan a sus parejas (mujeres)?

Fernando Fernández-Llebrez.

Profesor de la Universidad de Granada.

Abril 2005

Los rasgos mayoritarios de los hombres que maltratan

Es bien sabido que no es posible hablar de un perfil del hombre que maltrata, como tampoco se puede hablar de que haya un perfil de mujer maltratada. Se puede hablar de aquellos rasgos mayoritarios o más comunes que la mayoría de los estudios aportan sobre lo que caracterizaría a una parte significativa de los hombres que maltratan. Rasgos mayoritarios que, además, no pueden ser tomados de forma plana y uniforme,

Si atendemos a los estudios de Jorge Corsi, Enrique Echeburúa, Paz del Corral, Javier Madina, Andreu Serret,...¹, nos encontramos con los siguientes rasgos o características.

No hablamos de hombres con trastornos mentales (sólo afectaría a un 10%); son hombres que atraviesan las variables sociodemográficas (edad, status,...) de forma más o menos homogénea, no habiendo diferencias significativas entre ellas; donde hay un alto porcentaje de abuso alcohol y de

otras sustancias (como factores de riesgo para dicha conducta, no como fenómenos explicativos de la misma); y con unos rasgos psicosociales donde hay una clara búsqueda del control de la relación; una dificultad para hacer frente de forma adecuada a situaciones conflictivas, sobre todo de índole personal; donde la mayoría (más del 50%) sólo son violentos en el ámbito familiar (la conocida doble fachada); con tendencia a ver legítima la violencia a la hora de resolver los conflictos; haberse formado en una cultura de la desigualdad sobre lo que debe ser un hombre y una mujer; con poca o nula capacidad para comunicar sus sentimientos y para hablar de sus problemas afectivos (aislamiento emocional y evitación de la intimidad); una inseguridad tapada de autoritarismo y su correspondiente fuerte dependencia emocional, y el desarrollo de actitudes de control, vigilancia y celos hacia su pareja; poca tolerancia a la frustración y temor a perder autoestima y su poder; pobre imagen de si mismo: preso de una autoimagen desvalorizada, sobre todo en el mundo exterior; y haber vivido en un ambiente familiar sobreprotector y permisivo.

¹ Véase, entre otros: Jorge Corsi, *Violencia masculina en la pareja*, Piados, Barcelona, 1995; Enrique Echeburúa y Paz del Corral, *Manual de violencia familiar*, Siglo XXI, Madrid, 1998; Andreu Serret, "Violencia doméstica", en *Mujeres n° 8*, Zaragoza, 1999; Javier Madina, "Perfil psicosocial y tratamiento del hombre violento con su pareja en el hogar", en Enrique Echeburúa, *Personalidades violentas*, Pirámide, Madrid, 1994

Masculinidades y cambios en los hombres hoy en día. Las subjetividades masculinas

Lo primero que estamos obligados a decir con los datos en la mano, ya sean en el ámbito nacional o internacional, que lo que caracteriza al desarrollo de las subjetividad masculina es su notoria pluralidad. Tanto los conocidos *men's studies*, como los pocos, pero claros datos que hay sobre nuestra realidad social, tienen en común la idea de que la masculinidad sólo se puede definir en plural y que dicha característica es un rasgo más acuciante conforme pasa el tiempo. Un ejemplo de esta pluralidad son las 8 tipologías que el clásico estudio de INNER daba sobre los hombres españoles, o las recientes declaraciones de Manuel Lucas, Presidente de la Sociedad Española de Sexología, cuando hacía mención a dicha diversidad². Pluralidad, por cierto, que se expresa también por la presencia de otra serie de variables que conforman los géneros, y que no deben de obviarse, como son las referidas a sus aspectos contextuales, regionales, históricos, clase social, etnia,... que hacen que el cuadro que quede exprese un gran mosaico.

En cualquier caso, y aun teniendo como telón de fondo esta pluralidad, no

² Manuel Lucas habla de tres grupos: los agresivos, los “reformistas” (ambos minoritarios) y los desorientados (la franja mayoritaria y más amplia). Vid. *El País*, EPS, 13 de marzo de 2005. Ni que decir tiene que la entrada en escena de “lo metrosexual” ahonda y refleja dicha pluralidad. Ejemplo de ello son algunos datos aportados por *Ipsos Ecoconsulting* como que el 87% de los hombres le den importancia al aspecto físico, o que el 79% ve bien el uso de cosméticos masculinos, o que el 69% de los chicos consume productos hidratantes. Vid. *El País*, EPS, 13 de marzo de 2005.

estaría de más establecer cuáles podrían ser, a modo de aproximación provisional, los rasgos mayoritarios de los hombres en nuestra sociedad actual³.

Tomaremos como eje de análisis el estudio llevado a cabo por Fernando Barragán dentro del Proyecto Arianne sobre los hombres jóvenes españoles⁴. Este estudio es –dentro de los que tienen un grado de representatividad necesario como para que la muestra sea significativa, el más actual que se conoce. Su hándicap estriba en que la edad media seleccionada es de 14 a 18 años, lo que deja fuera a una parte importante de la población masculina, de ahí que sea preciso contrastarlo con otros estudios para corregir estas u otras posibles desviaciones.

Así, la consideración que señala Barragán de que “la masculinidad se define por oposición a la feminidad”⁵, es una percepción que persiste en alguna medida, aunque se está debilitando y suavizando, tal y como queda recogido en el estudio del 2000 de la Encuesta Europea de Valores (EVS), en la que a la pregunta de qué valores familiares defienden los chicos y las chicas respondieron prácticamente igual, salvo en algunos aspectos como la fe religiosa, la imaginación,...⁶.

³ Y todo ello sin olvidar los problemas sobre los datos ya mencionados.

⁴ En diferentes textos (libros, revistas, web,...) ha expuesto Fernando Barragán las conclusiones de dicho estudio. En nuestro caso, nos centraremos en su artículo “Masculinidades e innovación educativa: de la homofobia a la ética del cuidado de las personas”, en Carlos Lomas (comp.), *Los chicos también lloran*, Píados, Barcelona, 2004.

⁵ *Ibidem*.

⁶ En concreto sobre la pregunta referida a los valores familiares, los resultados fueron similares excepto lo siguiente: los hombres valoraron más la “imaginación” (34%) y la “perseverancia y determinación” (29%), mientras que las mujeres valoraban más los “buenos modales” (88%) y la “fe religiosa” (24%). Vid. Carmen

Algo parecido, aunque más acentuado, es lo que ocurre con la clásica distinción entre el “yo en los logros”, habitualmente atribuido a los chicos, y el “yo en relación”, atribuido a las chicas, dándose todavía cierta diferenciación entre ambas modalidades, sobre todo entre los hombres. En este sentido, Inés Alberdi nos recuerda que, todavía hoy, mayoritariamente en los hombres el “concepto de éxito se liga al valor del trabajo y de la profesión por encima de las relaciones personales e íntimas. Los aspectos familiares y amorosos cuentan menos a la hora de estimar el éxito masculino”⁷. Algo también confirmado en la EVS en donde se señala que los factores emocional-afectivos y de relaciones personales en la pareja son sistemáticamente menos valorados por los chicos que los referidos a los factores hedonistas y públicos⁸.

Si analizamos la variable “sexualidad”, nos encontramos con que la idea típicamente masculina tradicional de “sexo sin amor” se ha modelado hacia una cuestión de grados, es decir, de “sexo con menos o más amor”. Esto no deja de mostrar las diferencias existentes en este terreno entre chicas y chicos, pero lo hace no ya tanto desde concepciones opuestas de la sexualidad, como de planteamientos de una mayor o menor intensidad. Ejemplo de ello es lo aportado por el estudio de INNER en donde la secuencia de varias respuestas muestra una “imagen más sexuada del hombre que de la mujer” y más aun conforme más adulto se sea⁹. No obstante, pese a los cambios notorios

acaecidos, la cuestión de la sexualidad sigue siendo una de las variables que menos se ha movido, sobre todo si la comparamos con otras facetas como, por ejemplo, la referida a las cuestiones laborales.

Uno de los aspectos de mayor interés a la hora de hacer esta radiografía provisional estriba en la cuestión de las emociones, en donde se aprecia todavía cómo hoy los chicos tiene un peor manejo del mundo emocional, por lo menos en su autopercepción de la misma y debido en gran medida al olvido que esta faceta tuvo para la masculinidad tradicional en el mundo occidental. Son llamativos los datos referidos al miedo a que les vean llorar o a la necesidad de controlar sus emociones, ya que son mayoría quienes identifican este rasgos con los de carácter masculino¹⁰. Como resume la Encuesta Europea de Valores ya citada, se puede afirmar que, en general, “los hombres se consideran tan aptos como las mujeres para cuidar a los hijos, y así son considerados también por ellas, pero se sienten menos capaces que las mujeres para manejarse con las emociones”¹¹.

Este peor manejo de las emociones puede traer consigo lo que se podrían denominar las soledades masculinas, es decir, situaciones de soledad emocional en los chicos que queda reflejada bastantes veces en los hombres solitarios pegados –literalmente hablando- a las barras de nuestros bares. Parece no ser casual que de las 267 personas que fallecieron en 2001 por consumo de sustancias psicoactivas en las principales ciudades españolas, un 17.7%

Valdivia, “La familia”, en J. Elzo y A. Orizo, *Encuesta Europea de Valores*, p. 145.

⁷ I. Alberdi, *La nueva familia española*, p. 272.

⁸ C. Valdivia, “La familia”.

⁹ Inner, *Los hombres españoles*. Para ampliar más datos, puede acudir a Belén González, “Hacia la igualdad entre hombres y mujeres. Cambios, límites y problemas hoy”.

¹⁰ Por ejemplo en el estudio Inner, a las preguntas de si los “hombres tienen miedo o vergüenza de que les vean llorar”, respondían afirmativamente un 63%; y a la de si “un hombre debe saber controlar sus emociones: no ser impulsivo”, estaban de acuerdo un 71%. Vid Inner, *Los hombres españoles*.

¹¹ C. Valdivia, “La familia”, p. 140.

fueran chicas y 82.3% chicos¹². Unos datos, no obstante, que no impiden reconocer también el incremento del consumo alcohol que se está produciendo en las chicas¹³.

En cualquier caso, lo más llamativo de este panorama estriba en que este peor manejo del mundo emocional va acompañado de una cada vez mayor importancia y valoración –aunque todavía menor que en las chicas– de aspectos relacionados con el mundo afectivo, como son la vida en pareja, los hijos, el amor,... Parece claro que el cruce de ambas realidades puede tener como consecuencia un panorama un tanto singular, ya que nos encontraríamos ante una realidad de dependencia afectivo-personal en los hombres. Así, el querer estar y participar más en el ámbito emocional (familia, hijos,...), y, al mismo tiempo, tener peores herramientas para su “manejo”, les puede llevar a ser más dependientes en este terreno de quién sí tiene –al menos en teoría y debido al proceso socializador– una mayor experiencia y capacidad en este aspecto. Es preciso reconocer que esta realidad es un tanto novedosa respecto de las experiencias pasadas, sobre todo si tenemos como referencia el modelo más tradicional del “hombre duro”.

Por todo ello, se confirma la idea aportada por Barragán sobre las dificultades que hay en los chicos, aun en los más jóvenes, para expresar los sentimientos y, sobre todo, en cómo manejarse con estos, generándose lo que

¹² Según el Informe del Observatorio Español sobre Drogas de 2001 y las ciudades referidas son Barcelona, Bilbao, Madrid, Sevilla, Valencia y Zaragoza. Citado por Belén González, “Hacia la igualdad entre hombres y mujeres. Cambios, límites y problemas hoy”.

¹³ Datos aparecidos en la revista *Qué* el 23 de febrero de 2005. Citado por Belén González, “Hacia la igualdad entre hombres y mujeres. Cambios, límites y problemas hoy”.

podríamos denominar, aun con sus diferencias, como cierta dependencia afectiva.

No obstante, todo este entramado emocional no se da en un sentido plano y lineal, sino que va cargado de profundas contradicciones. De hecho a una gran parte de los hombres les gustaría romper con esa situación de dejadez emocional.¹⁴ Unas contradicciones que nos hablan claramente, como también lo señala Barragán, de las diferencias que se están dando entre el ser y el deber ser en los hombres de hoy en día. Contradicciones que también son el mejor síntoma para poder incidir sobre la realidad, puesto que es partiendo de ellas como se generan las transformaciones en nuestras sociedades¹⁵.

En este sentido, y según Barragán, esta limitación en los sentimientos se refuerza más entre los propios chicos. De hecho, y según otros datos en relación a la aceptación de parejas gays y lesbianas, todo parece indicar que la tradicional homofobia se vincula más con la dificultad para tener relaciones afectivas entre hombres que con la negativa hacia otras opciones sexuales.

En cuanto a la conexión entre violencia y masculinidades nos encontramos con el hecho estudiado de que la relación entre ambas realidades y conceptos no es de identificación. Es decir, y también siguiendo el estudio de Barragán, que *masculinidad no es igual a*

¹⁴ Según estudio Inner a la pregunta DESI “sería deseable que los hombres aprendiesen a mostrar a sus mujeres sentimientos y debilidades” un **88% respondió afirmativamente**. Inner, *Los hombres españoles*, p. 89.

¹⁵ Como indica Barragán: “Tener conciencia de un conflicto es el primer paso para resolverlo. Su potencial transformador es sobresaliente”. F. Barragán, “Masculinidades e innovación educativa”, p. 158.

violencia. Lo que sí podemos hablar es de una *relación de asertividad entre ambas realidades*, esto es: que la violencia se manifiesta “como real, pero sin la idea de necesidad”¹⁶. Esto significa que si bien la violencia no actúa como marco normativo definitorio de la identidad masculina, sí que forma parte del proceso socializador masculino en bastante mayor medida que en las mujeres, aunque no en todos los chicos, claro está. Una diferencia entre el marco normativo y el proceso de socialización en los hombres puede explicarse por la difícil legitimación social que tiene la violencia física hoy en día, de ahí que no sea asumida como tal pese a su persistencia práctica.¹⁷

Sí parece ser bastante común en los hombres de hoy en día la situación de confusión, despiste, desconcierto que viven. De ello nos habla directamente Alberdi cuando afirma que “el desconcierto y la dificultad de mantener la identidad de los varones ante una situación social en la que han perdido sus señas de identidad tradicionales”¹⁸, e incluso como “los jóvenes varones – siguiendo un estudio de Ortega– se

¹⁶ Asertórico: “referido a un juicio que se enuncia como real, pero sin la idea de necesidad”. Vid. *Diccionario Clave*, S.M, Madrid, 1997.

¹⁷ Y aun así habría que matizar que no todas las violencias tienen en nuestra sociedad la misma legitimidad. No van a tener la misma consideración los conflictos sociales, como la guerra, que los interpersonales, como un tortazo o un empujón. Y no hay que olvidar tampoco como actúa como factor legitimador de la violencia la “razón” (mejor sería decir “sinrazón”) de que si se puede actuar violentamente si hay una “causa justificada”, consideración muy problemática y más si la relacionamos con la “violencia de género”. Para un estudio sobre la violencia escolar en nuestro país, puede acudir al Informe realizado por el Defensor del Pueblo “Violencia escolar: el maltrato entre iguales en la educación secundaria obligatoria”, en www.defensordelpueblo.es/.

¹⁸ I. Alberdi, *La nueva familia española*, p. 293.

sienten indecisos y desorientados por la dificultad de identificar la imagen de sí mismos quieren proyectar en las relaciones sociales”¹⁹. En definitiva, nos encontramos en un momento en el que el “género masculino está [...] en una situación de replanteamiento y menos elaborado que el femenino”²⁰. Y lleva así cierto tiempo: desde finales de los años 80.

En cualquier caso, y más allá del repaso que acabamos de realizar en relación a los valores, no conviene olvidar una cuestión: la diferencia que todavía se da entre los valores declarados por los chicos y sus cambios de actitudes, no habiendo correlación en muchos casos²¹, por lo que prudencia y “ojo avizor”. Pero estos son los escasos datos que tenemos.

Algunos de estos rasgos chocan con el modelo socializador de la masculinidad tradicional. Es interesante destacar lo que Michael Kaufman ha denominado “las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”²²; una experiencia que se caracteriza por la forma en que la mayoría de los hombres han construido su poder social e individual: una forma paradójica en la que la obtención del poder es al mismo tiempo una posible “fuente de fuerte dosis de temor, aislamiento y dolor para nosotros mismos”²³.

Unas contradicciones, de las que

¹⁹ Ibidem.

²⁰ C. Valdivia, “La familia”, p. 124.

²¹ Por ejemplo, el contraste entre los que se declaran igualitaristas y el reparto real de tareas en el hogar.

²² Michael Kaufman, “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en Teresa Valdés y José Olavaria (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, FLACSO, Chile, 1997.

²³ Michael Kaufman, “Las 7 p’ de la violencia de los hombres”, en www.michaelkaufman.com

son un ejemplo los rasgos que hemos analizado para la mayoría de los hombres de hoy, que se explican -entre otras razones- porque las expectativas creadas en los procesos de socialización masculina son prácticamente imposibles de alcanzar. Y esto es así porque éstas suelen chocar con la forma real en la que los géneros, en este caso el masculino, se desarrollan²⁴. Algo que es más notorio, si cabe, en nuestras sociedades heterogéneas modernas pues, en ellas, “luchamos con presiones, exigencias y posibilidades que están frecuentemente en conflicto”²⁵, de tal modo que los géneros y sus relaciones, así como ocurre con otras identidades, se terminan articulando de una forma más compleja, contradictoria y problemática que la clara y rígida división entre lo masculino y lo femenino, pese a la existencia de los estereotipos. Las subjetividades serían como una especie de ríos donde el agua se mueve y fluye, pero donde también hay residuos (que serían los estereotipos) que ponen freno a sus movimientos. Así, la mejor forma de abordar dichas subjetividades serían viéndolas en movimiento, en su fluidez²⁶.

De hecho, lo específico de los “hombres que maltratan” no va a ser que tengan contradicciones, sino el tipo de contradicciones que se dan, el por qué, cómo y dónde se dan y la forma de resolver dichos conflictos y tensiones. ¿Y

cómo se dan esas experiencias contradictorias en los hombres que maltratan?²⁷.

La forma mayoritaria de abordar estas contradicciones en los “hombres que maltratan” sería la siguiente: estableciendo una relación de interdependencia entre el poder y el dolor de tal modo que la forma de controlar sus miedos e inseguridades sea reforzando más aun su poder (hacia dentro y hacia fuera). Pero ocurre que la interdependencia establecida entre poder y dolor hace que, al final, se vuelva de nuevo al mismo lugar por lo que la “rueda” sigue girando y girando. Un proceso interminable que genera una situación de frustración y de fracaso; de fracaso personal, pero también de fracaso del propio modelo tradicional.

Ejemplos de este complejo y particular proceso de desarrollo psicológico son una disminuida habilidad para la empatía, una incapacidad para experimentar las necesidades y sentimientos de otras personas como algo propio, una fuerte dependencia emocional mezclada con un considerable aislamiento emocional, una notoria inseguridad y sensación de temor a la frustración, una baja autoestima,... rasgos, todos ellos tal y como hemos visto, presentes de manera acuciada en los hombres que maltratan y que no encajan bien dentro del modelo de hombre tradicional. Más bien lo desmienten. Por ello, se puede afirmar que los “hombres que maltratan” no

²⁴ No hay que olvidar, no obstante, que conflictos y contradicciones los hay en tanto en los hombres como en las mujeres.

²⁵ M. Kaufman, “Las 7 p’de la violencia de los hombres”

²⁶ Para la cuestión de la fluidez, puede verse Fernando García Selgas, “Para una ontología política de la fluidez social: el desbordamiento de los constructivismos, en *Política y Sociedad* n° 40, Madrid, 2003.

²⁷ Antes de abordar esta cuestión quisiera *recordar* dos cuestiones: que no hablamos de todos los hombres que maltratan, sino de los rasgos mayoritarios obtenidos a partir de los datos existentes. Y que, en ningún caso, lo que voy a decir debe anular la pluralidad de situaciones que hay ni, por tanto, otros posibles “por qué” que puedan estar presentes en los malos tratos masculinos a las mujeres en el ámbito familiar. “Por qué” no solo complementarios sino, incluso, sustitutivos.

expresan tanto el cúlmen del modelo tradicional como, más bien, su propio fracaso. Y de ahí que la manera más adecuada de explicar la mayoría de los malos tratos sea como una forma de reacción injustificable ante dicho fracaso y no tanto como el desarrollo lógico del propio modelo tradicional²⁸.

No obstante, es cierto que no sabemos cuanto de extendida está esta situación de fracaso en el conjunto de los hombres, pues no hay datos o son escasos como para emitir un juicio claro. Pero lo que sabemos es que sí hay diferentes formas de enfrentarse ante dicho fracaso. De hecho, si no hubiera diferentes formas de reaccionar no se podría explicar, por ejemplo, por qué hay más hombres que maltratan, ni por qué hay más hombres desigualitarios que hombres que ejercen malos tratos.

Es decir, tiene que haber algo más que ayude a explicar por qué algunos hombres que fracasan acaban maltratando a sus parejas. Por lo tanto, parece claro que lo dicho no es suficiente. De ahí que estemos obligados a decir algo más si queremos saber realmente por qué algunos hombres usan la violencia (ya sea psicológica, sexual y/o física) como forma de resolución de conflictos y por qué lo hacen, principalmente, en el ámbito familiar. Cuestiones éstas que nos llevan a otros derroteros y variables donde ya la cuestión de género no es el único factor explicativo, aunque estén relacionados. Pues bien, aunque sea de forma breve, pasemos a ahondar un poco en estas cuestiones.

²⁸ Es más, el modelo tradicional masculino no tiene por qué llevar directamente al maltrato. De hecho, como decía una campaña feminista sueca: "los hombres de verdad no maltratan".

Resolución impositiva de los conflictos y hombres que ejercen malos tratos

La relación que establecen los hombres que maltratan entre desigualdad y control es tal que la una (desigualdad) no se explica sin el otro (control), de ahí el deseo de controlar a la pareja, de vigilancia estrecha, etc..., aunque pueda haber situaciones de control no sustentadas en la desigualdad. Del mismo modo, también es clara su tendencia a aceptar la relación aseverativa entre masculinidad y violencia, lo que les lleva a justificar y legitimar la violencia como si fuera un derecho suyo. Realmente ambas cosas son inadmisibles, pero esa triste realidad lo que está expresando es al mismo tiempo, o más bien por ello, una notoria incapacidad de estos hombres para resolver los conflictos con los que se encuentran y generan a través de la negociación, el acuerdo, el dialogo, la empatía,.... Una incapacidad de la que Michael Kaufman nos habla cuando señala que

“si la capacidad de actuar en formas “poderosas” requiere de la construcción de una armadura personal y de una temerosa distancia respecto de otros; si el mundo del poder y los privilegios nos aparta del mundo de la crianza infantil y del sustento emocional, entonces estamos creando hombres cuya propia experiencia del poder está plagada de problemas incapacitantes” .

De este modo, cuando se juntan el deseo de control (y el miedo a perderlo), con la justificación de la violencia (que estira hasta el final la relación asertiva entre masculinidad y violencia) y la incapacidad (emocional) para resolver conflictos de forma no impositiva (de lo que es un ejemplo la poca o nula tolerancia a la frustración) nos encontramos con una especie de reacción

compensatoria²⁹ donde, por desgracia, los malos tratos (psicológicos, sexuales y/o físicos) cobran vida. Es cierto que resulta lamentable e injusto que una carencia personal (fracaso como hombre) tenga repercusiones sobre otros/as y más cuando no hay relación alguna entre lo que uno/a hace y cómo se le responde. Pero que sea injusto no invalida para señalar que es esto lo que, en bastantes ocasiones de los malos tratos masculinos hacia sus pareja, está ocurriendo. De hecho, esto ayuda a explicar por qué hay hombres que cuanto más control ejercen sobre su pareja, más dependientes y celosos se vuelven, lo que, a su vez, actúa, de nuevo, sobre su aumento de control sobre la relación, continuando así sucesivamente como si de una noria se tratara.

Si bien considero que esta “reacción compensatoria” está por detrás y por debajo de una gran parte de los malos tratos masculinos, también creo que con lo dicho no es suficiente para explicar por qué se maltrata a **su** mujer y no se hace lo mismo, de forma material, con **otras** y/o **todas** las mujeres. No conviene olvidar que conflictos y problemas no solo los hay dentro del ámbito familiar, sino también fuera y, sin embargo, se responde de esta forma específica –violenta- dentro del hogar y no fuera de éste.

Es verdad que hay hombres violentos en general, que actúan así dentro y fuera del ámbito familiar, pero no es lo mayoritario³⁰. De hecho es muy

²⁹ Cuando hablamos de “reacción compensatoria”, nos referimos a compensar una fallo o fracaso propio, no de la persona contra la que se actúa.

³⁰ Según J.J. Medina violentos solo en el hogar serían un 50% y según Echeburúa habría de violentos en general un 26.2%. Vid, respectivamente, Juan J. Medina, *Violencia contra la mujer en la pareja*, Tirant lo Blanc, Valencia,

característico de los hombres que maltratan que actúen bajo la idea de la doble fachada; es decir, la de ser un hombre respetable ante vecinos/as y amigos/as y ejercer malos tratos sobre su pareja.

Para responder a esta cuestión considero obligado introducir una variable más a las ya señaladas. Esta variable es la referida a las relaciones interpersonales-afectivas y familiares. Variable nada baladí y más cuando se supone que, en principio, la familia es un lugar de calor, apoyo y afecto humano. Veámosla brevemente.

Relaciones interpersonales-afectivas y familiares: “doble fachada”, ambiente familiar permisivo, celos

En este último apartado hay tres cuestiones, cuanto menos, que interactúan entre sí y que es preciso señalar.

En primer lugar, es conocida como ha actuado, y lo sigue haciendo, la vieja y clásica distinción entre lo público y lo privado, generando una permisibilidad sobre ciertos comportamientos que resulta inaceptable. Si bien ahí se han producido avances notables que postulan la necesidad de que no hay espacios de inmunidad para la injusticia, todavía quedan restos culturales que sostienen lo contrario. Por ejemplo, en el estudio de Díaz Aguado a la pregunta de si se cree que “la violencia que se produce dentro de casa es un asunto de familia y no debe salir de ahí”, las mujeres responden mayoritariamente que no en un 81% , pero sin embargo, y aun

2002, p. 260 y E.Echeburúa y Paz del Corral, *Manual de violencia familiar*, p. 86.

siendo mayoría también en los hombres, éstos solo lo dicen no en un 66%³¹.

En segundo lugar, y junto a esta permisibilidad -cada vez menor, todo sea dicho- hay otro elemento que tiene también su importancia. Según Madina, más que la herencia recibida (haber sufrido o vivido una situación infantil de maltrato), una variable que tiene cada vez más peso es la que él denomina “ambiente familiar”. De este modo, un ambiente familiar protector y permisivo vivido, en el que la madre adoptaba un papel de sumisión respecto al marido y los hijos³², es un factor bastante recurrente a la hora de hablar de situaciones familiares donde ha habido malos tratos.

En tercer lugar quisiera destacar las concepciones del amor que caracteriza a ciertos modelos familiares. El amor (en singular) es algo que no existe, lo que hay son diferentes formas de amar, distintas concepciones sobre el amor y en las que nos movemos. Pues bien, en algunas parejas donde se producen malos tratos nos encontramos con una idea del amor que se podría calificar de “amor-fusión”. Entendemos por “amor-fusión” una concepción de la pareja en donde ésta actúa solo como unidad, como un todo, de tal modo que las partes no existen ni son sin la otra, es decir, sin el todo, un planteamiento en el que la autonomía personal queda relegada y negada. Al otorgarle tanta trascendencia a la propia pareja, tiende a negar la existencia de otros afectos no solo internos a la propia pareja, sino externos a la misma. Así la amistad, los hermanos,...

³¹ Díaz Aguado y Martínez Arias, *La construcción de la igualdad*..

³² Javier Madina, “Perfil psicosocial y tratamiento del hombre violento con su pareja en el hogar”, en E. Echeburúa, *Personalidades violentas*, Pirámide, Madrid, 1994, p. 157.

se vuelven instancias peligrosas pues serían peligros para la convivencia de la pareja, de ahí la reclusión, el aislamiento, los celos. La vida –incluida el amor- va cargada de conflictos sin los cuales no viviríamos y que no podemos eludir, aunque sí reducir y gestionar de forma no impositiva. Como señala Liliana Domen, en el trabajo con hombres que maltratan es necesario mostrar que “el conflicto no es malo y que no debe ser evadido”³³. De hecho, cuando esto se explicita lo que suele ocurrir es que estos “hombres suelen sorprenderse, puesto que suponen que todo conflicto en las parejas debe ser rápidamente solucionado”³⁴. Y como sigue diciendo Domen, esta es una de las razones por las cuales los hombres que ejercen malos tratos “emplean la violencia como la forma más rápida y efectiva para que se termine el problema”³⁵.

Conclusiones provisionales... y una propuesta

Hablamos de una realidad multifactorial en la que intervienen diferentes variables y que sólo cuando las interrelacionamos entre sí llegamos a explicar por qué algunos hombres maltratan a sus parejas (mujeres). Estos factores son los siguientes: i) qué es un hombre y una mujer y el lugar que ocupan; ii) la resolución impositiva de los conflictos, sustentado en el control; iii) ciertas concepciones sobre relaciones afectivo-personales-familiares. Partiendo de los datos existentes, y en referencia a la mayoría de los casos, podemos decir que los malos tratos masculinos son, más

³³ Mónica Liliana Domen, “Aspectos interaccionales”, en J. Corsi, *Violencia masculina en la pareja*, p. 128.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ *Ibidem*

que el cenit de la masculinidad tradicional, una reacción ante el fracaso como hombre.

Es preciso desarrollar un planteamiento sobre los hombres que nos permita pasar de la inculpación generalizada al de la responsabilidad por cambiar. En este sentido, la sociedad de hoy ha sufrido notables cambios, pero siguen siendo insuficientes. Es necesario profundizar en los cambios (igualdad, dignidad, libertad,...). La situación mayoritaria de los hombres es de crisis ante los roles tradicionales. Esta crisis no significa, por desgracia, el fin del machismo, sino más bien cierta erosión. Una erosión que se caracteriza por dos cuestiones: a) una pérdida de lo anterior como referente, permitiendo así la emergencia de una mayor pluralidad; b) una situación de cambio que conlleva desubicación, incertidumbre, contradicciones,..., que hay que aprovechar.

¿Qué podemos hacer y decir los chicos ante la violencia masculina hacia sus parejas?³⁶

Denunciar el desequilibrio de poder existente entre los géneros y la permisividad social frente a la violencia. Defender la equidad, la libertad, la autonomía, la solidaridad y la justicia. Cooperar y colaborar con grupos mixtos, de mujeres y de hombres que trabajen estos asuntos. Reconocer que acabar con la violencia contra las mujeres incluye cuestionarse definiciones sexistas de la hombría y los papeles que algunos

hombres desempeñan en nuestra sociedad.

³⁶ Sigo lo planteado por Michael Kaufman en su texto "La construcción del movimiento masculino dirigido a terminar con la violencia contra las mujeres", que se encuentra en www.michaelkaufman.com o en www.hombresigualdad.com.